

6. Una mano al cuello

La ayuda a los países pobres puede alentar la corrupción, destruir empresas, encarecer la vida para el ciudadano medio y fomentar rebeliones. Si realmente se quiere apoyar el desarrollo, Europa tiene que cambiar la orientación de sus políticas

Resulta paradójico que, cuando quieren ayudar a otros, las potencial occidentales aceptan prácticas que rechazarían en su propio territorio. Por ejemplo, la liberación de los cooperantes españoles e italianos secuestrados por el Movimiento para la Unicidad del Yihad en África Occidental (MUYAO) ha costado a ambos gobiernos 15 millones de euros y la liberación de otros tres terroristas presos como contrapartida.

No tiene sentido que quienes más se esfuerzan por mejorar las condiciones de vida de la población en otros países acaben dando incentivos para que se mantengan las situaciones que les condenan a la pobreza. Si

lo que se busca es únicamente conseguir el mejor efecto en los países del tercer mundo, resulta más positiva la política estadounidense de no negociar con terroristas, que desincentiva nuevos secuestros.

Por otra parte, gran cantidad de las ayudas que se canalizan desde los países donantes no se canalizan como debieran. Las aportaciones de los Estados tienen a menudo motivos estratégicos y se suelen destinar al establishment, para conseguir favores a cambio (un mayor control de la población, una relación privilegiada en el país...), pero no fomentan la creación de riqueza.

Al contrario, basta con pensar en



En Luanda, la capital de Angola, muchos tienen riqueza, pero eso encarece la vida para el resto

los demolidores efectos que ha tenido el reparto de ayudas de la UE sobre el sur de España para comprobar que cuando se subvenciona a los productores más ineficientes los países se estancan. La mayor parte del dinero que se destina directamente a los países se acaba perdiendo en circuitos de corrupción: o se la quedan los políticos o la destinan a sus amigos, fomentando los oligopolios. De hecho, cuanto mayor es la ayuda, mayores son las redes clientelares que se crean, y más difícil es extirpar la corrupción posteriormente.

La ayuda, a través de los cauces incorrectos, acaba generando efec-

tos muy negativos sobre el resto del territorio, como una inevitable aceleración de los precios. Es habitual encontrarse con pequeñas islas caras dentro de continentes mayoritariamente pobres que consiguen que la vida sea más difícil para quienes viven fuera de unas ciudades superpobladas.

Por otra parte, estas ciudades son un importante foco de atracción para los habitantes de otros lugares, por lo que se convierten también en un foco de pobreza y delincuencia. Sin embargo, los bienintencionados ciudadanos que apoyan las políticas de ayuda exterior muchas veces no sa-

ben a dónde se dirigen, lo que dificulta el control e impide maximizar su eficiencia.

La experiencia demuestra que las ayudas deben hacerse de forma condicionada. Si el flujo de capitales es incesante, los políticos de los países más pobres no tendrán ninguna necesidad de abrirse al libre comercio, que es lo que puede crear oportunidades de desarrollo para todos. De hecho, la economista zambiana Dambisa Moyo denuncia que en el último medio siglo se ha invertido cerca de un billón de dólares en África. “¿Ha mejorado las vidas de los africanos? No, ahora son peores”, asegura tajantemente. De acuerdo con Moyo, los países más pobres han quedado atrapados en un círculo vicioso: ayudas, corrupción, distorsiones en los mercados y una mayor pobreza.

Magatte Wade trata de romper ese círculo. La empresaria senegalesa, una de las veinte mujeres más influyentes en África, según la revista Forbes, explica que su continente no necesita cooperantes, sino empresarios. “Con frecuencia, las ONG pagan a jóvenes incompetentes, pero idealistas,

de países desarrollados para decir a nuestra gente lo que tiene que hacer. Su trabajo consiste más en hacer que los donantes y jóvenes idealistas se sientan bien con ellos mismos que en beneficiar a nuestros países y a nuestra población. Salvo que las ONG sean o estrictamente humanitarias o verdaderamente efectivas a la hora de ayudarnos a construir negocios reales preferiría que se fueran. En un momento dado calculé que había alrededor de 500.000 cooperantes en África. Si tuviéramos 500.000 empresarios, cada uno con los 100.000 dólares de capital que, probablemente, absorban anualmente cada uno de los cooperantes, estaríamos mucho mejor”.

El mayor problema de las ayudas es que frenan la industria local y compiten con las exportaciones. Toda ayuda exterior es por definición en otra divisa (euros, dólares, libras), si se quiere emplear en construir una infraestructura habrá que comprar los materiales en el país emisor de esa divisa, o bien cambiarlas por moneda local. Lo primero, claramente, no ayudará a que la industria del país prospere, pero lo segundo tampoco. Esto se debe a que los exportadores obtienen divisas a cambio de sus productos, que luego cambian por moneda local a los importadores. Pero si los importadores tienen otra forma de obtener divisas extranjeras, el precio que están dispuestos a pagar a los exportadores bajará, lo que de-

Si el flujo de capitales es incesante, los políticos de los países más pobres no tendrán ninguna necesidad de abrirse al libre

bilitará la posición de la industria y ralentizará los intercambios.

Trade, not aid

Pero favorecer la inversión pasa por mejorar la calidad institucional, reducir la corrupción y la burocracia, agilizar la creación de empresas y crear una regulación respetuosa con los derechos de propiedad y con un impacto mínimo sobre la actividad empresarial. Aquí es dónde sí pueden actuar los países desarrollados. Por ejemplo, respaldando a los Gobiernos que tomen medidas a favor del libre mercado, en vez de ponerles impuestos y trabas para sus productos.

Las subvenciones a la agricultura que practica la UE en teoría no son un arancel; sin embargo, sí dificultan la competitividad de los productos extranjeros, como reconocieron los tribunales europeos. Así, los europeos acabamos pagando tres veces más por productos agrarios: un precio más alto por la falta de comercio, una subvención para los productores europeos y una indemnización para los productores extranjeros.

Gran parte del movimiento antiglobalización señala que abrir los mercados condenaría a vender los alimentos que muchos ciudadanos necesitan para su subsistencia. Este tipo de afirmaciones tienden a mirar una realidad estática y no los cambios que surgirían. Países como Corea del Sur eran esencialmente agrarios hace

Los europeos pagamos tres veces más por ciertos productos: por la falta de comercio, por las subvenciones y por las multas

unas décadas, ahora son potencias en electrónica, automóviles... en definitiva, productos de alto valor añadido.

También otros países pueden alcanzar estas cotas de desarrollo, pero primero necesitan invertir por sí mismos y dar confianza a los extranjeros para que inviertan en sus países. Hay que observar que los mercados locales no tendrían por qué quedar desabastecidos en un primer momento, ya que si los trabajadores se especializan en productos agrarios de mayor valor (por ejemplo, aceites o especias), podrían importar a cambio productos de primera necesidad que sean más baratos en otras zonas.

Una de las razones que podrían tener los antiglobalización para apoyar el comercio internacional es que favorece la rápida implantación de industrias locales. Diageo, la empresa de bebidas espirituosas que engloba algunas de las marcas más famosas del mundo, está realizando grandes esfuerzos por introducirse en el mercado africano y, por el momento, están teniendo sus frutos. Sin embargo, cuando África prospere y su mercado crezca, apuntaba The Economist,

no serán las empresas que deciden desde Londres quienes se impongan, sino los empresarios locales que conocen los gustos de primera mano.

Asimismo, el mercado de medicamentos ha cobrado un muy fuerte impulso gracias a India. En apenas una década, el precio de un tratamiento para el SIDA ha pasado de 8.000 euros al año a apenas 80. Actualmente India abastece el 80% de los tratamientos contra el VIH en los países en vías de desarrollo. No hay nada que impida que un laboratorio en un país desarrollado hubiera creado y abaratado así los fármacos, y que incluso los hubiera venido a un precio más barato, sin embargo, una empresa creada en un país en desarrollo está más orientada a ese mercado y tendrá una mayor propensión a resolver los problemas de su área. Esto es interesante porque gran parte de las enfermedades africanas y asiáticas son endémicas.

Lamentablemente, las actuaciones de los países más ricos apuntan en dirección contraria. Las continuas políticas expansivas crean un exceso de liquidez que se dirige principal-

mente hacia los países emergentes. Esto encarece excesivamente aquellos bienes donde más margen hay para que los precios suban: esto es, los más limitados.

Igual que los bajos tipos de interés en Europa agravaron la burbuja de la vivienda, también están creando otra burbuja de ladrillo en países como Brasil. Su Banco Central tiene que combatirla subiendo los tipos de interés para evitar perder competitividad, pero esto frena el crecimiento económico. Pero no sólo se encarece la vivienda, sino también el terreno, la Bolsa o las materias primas. Además, el ascenso del precio de las materias primas crea incentivos para que los grupos rebeldes intenten tomar el poder y, si controlan algún recurso, les garantiza una importante fuente de financiación.

Subraya Paul Collier en su libro *El club de la miseria* que la ayuda humanitaria o un boom en las materias primas pueden potenciar el crecimiento económico, pero la tentación de financiarse a ellas en vez de con los impuestos provoca que los ciudadanos dejen de fiscalizar a sus gobernantes. En estos países así, explica el economista, incluso la pugna electoral se puede desvirtuar, llevando a que los distintos partidos no compitan por ofrecer un marco más justo, sino por crear una situación de privilegio para algunos grupos de la población.

Para evitar la tentación populista, Collier sugiere que los países ricos en

Los países ricos en materias primas deberían evaluar de forma exigente la tasa de retorno que generarán las inversiones

materias primas dispongan de una evaluación exigente sobre la tasa de retorno que generarán las nuevas inversiones. Este tipo de medidas son las que han permitido a Botsuana (diamantes) acumular una gran cantidad de inversiones extranjeras frente a países como Nigeria (petróleo). Además, ese dinero se podría almacenar en un fondo a imagen del Noruego, invertido en activos seguros, diversos y a los que no puedan tener acceso los políticos.

Pero, ¿significa esto que no hay forma de ayudar a los países que tienen menos oportunidades? Por supuesto que sí, aparte del ya comentado apoyo a los países que han comenzado las reformas aperturistas y siempre después de unos pasos consistentes que indiquen que no hay vuelta atrás. Por ejemplo, Collier señala que la intervención más clara que deben acometer las potencias occidentales es la ayuda humanitaria en caso de catástrofes naturales, enviar al ejército para que rescate a las víctimas y ponga orden pero, inmediatamente después, dejar que el libre mercado se encargue de resolver las necesidades de la población.

Además, el ejército debe emplearse también para establecer la paz en la situaciones de guerra civil inevitable, aunque comprensiblemente los Gobiernos occidentales suelen rechazar hacerlo por el coste electoral que entraña. De hecho, esa preferencia por la seguridad desplaza

Las potencias occidentales pueden ayudar al tercer mundo en las catástrofes naturales o guerras, aunque tengan coste electoral

a los soldados no a las zonas donde son más necesarios, sino a aquellas donde no sufren tanto peligro. Por eso, si se quiere ayudar de verdad, hay que cambiar claramente el foco y desarrollar una cierta tolerancia al fracaso, porque si los países ricos no están dispuestos a quedar mal, jamás lograrán cambios que valgan la pena.

Otras intervenciones también saludables pasan por campañas de vacunación o la lucha contra enfermedades endémicas, pero los Estados suelen tener muy malos resultados cuando se encargan de mejorar situaciones generales. En cambio, la ayuda humanitaria suele ser más beneficiosa cuando los cooperantes se dirigen a pequeñas comunidades sin recursos, a las que pueden ayudar creando sistemas de acceso al agua potable, mejoras agrarias, escuelas...

George Soros, en su libro Globalización, apunta que ese tipo de inversiones se pueden ejecutar sin depender de la burocracia si se hacen a través de bonos para la compra de determinados productos o infraestructuras pero, en cualquier caso, apunta que debe premiarse a los países que

toman medidas anticorrupción.

Desde que se empezó a hablar del 0,7% del PIB como un objetivo de gasto suficiente como para resolver la mayor parte de los problemas del mundo subdesarrollado, el presupuesto para ayuda humanitaria se ha multiplicado, pero las necesidades también. Es por eso que las nuevas iniciativas refuerzan el conocido dicho de enseñar a pescar. Muchas ONG tratan de potenciar el mercado y desarrollar la producción en los países pobres, más que paliar los síntomas. Por ejemplo, la Fundación Umbele ha apoyado a los empresarios africanos con micropréstamos canalizados a través de misioneros de la zona, de forma que se evita dilapidar la mayor parte de las donaciones en una costosa estructura burocrática. Además, es más fácil para los donantes controlar cuáles son los proyectos concretos que se hacen que lo que resulta para el contribuyente fiscalizar un flujo incesante de gasto que se distribuye a través de las instituciones locales.

Por otra parte, tal y como titula el periódico británico The Guardian, “nuestra imagen de África está completamente obsoleta”. El ejemplo es Etiopía, “cuya capital está en auge, sus cafés se llenan de licenciados y las grúas recubren el horizonte. Esta nación es una de las que cuenta con mayores explotaciones ganaderas y recientemente se convirtió en la segunda en equiparse con los nuevos Boeing 787. Una economía que dupli-

có su tamaño en lo que llevamos de siglo y está creciendo a un 7,5%”.

La conclusión, para muchos expertos, es clara: cuando la ayuda no se hace a la pobreza sino al desarrollo, ésta no sólo es mucho más efectiva, sino que además es necesaria durante mucho menos tiempo.

Referencias

Dead Aid; Dambisa Moyo

<http://www.dambisamoyo.com/books-and-publications/book/dead-aid>

Luanda cara y pobre; El País

http://elpais.com/diario/2010/11/07/eps/1289114815_850215.html

Magatte Wade: África no necesita 500.000 cooperantes sino “500.000 empresarios”; Libremercado

<http://www.libremercado.com/2012-01-15/magatte-wade-africa-no-necesita-500000-cooperantes-sino-500000-empresarios-1276446909/>

El club de la miseria. Qué falla en los países más pobres del mundo; Paul Collier

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/22860/El_club_de_la_miseria_Que_falla_en_los_paises_mas_pobres_del_mundo

Globalización; Geroge Soros

<http://www.casadellibro.com/libro-globalizacion/9788408045519/855195>

Our image of Africa is hopelessly obsolete; The Guardian

http://www.guardian.co.uk/commentis-free/2012/aug/26/ian-birrell-emergence-new-africa?CMP=tw_t_gu